DEBORAH HALE



La otra hermana

HARLEQUIN INTERNACIONAL
NARRATIVA

Uno

Londres, 1875

—¿Mi madrastra? ¡No me digas!

Claire Brancaster Talbot levantó la vista de su escritorio, donde estaba sentada revisando unas cartas del Almirantazgo.

Que ella recordara, lady Lydiard jamás había puesto el pie en el umbral de la oficina del negocio que los Brancaster tenían en el Strand.

—¿Ha dicho acaso por qué quiere verme, Catchpole?

La repentina llegada de lady Lydiard parecía haber puesto nervioso al otrora imperturbable señor Catchpole. Hacía tiempo que Claire sospechaba que su maniático secretario de mediana edad albergaba una adoración secreta por la gente con título.

—La señora no me ha dado esa información —Catchpole se retiró los quevedos para volver a colocárselos inmediatamente—. ¿Acaso debería haberme tomado el atrevimiento de preguntárselo?

—Yo no lo llamaría atrevimiento preguntarle a una visita por el motivo de la misma —Claire ahogó un suspiro al tiempo que dejaba a un lado el papeleo que

la ocupaba—. Sin embargo, dudo que la señora me mantenga en vilo con respecto a lo que quiera. Hazla pasar.

Claire se levantó de la silla y se pasó las manos por la falda de su vestido de seda a cuadros, esperando que su madrastra no se preocupara por la escasez de sus miriñaques o incluso por la total ausencia del corsé. Y no porque la figura angular de Claire requiriera de uno de esos para conseguir una cintura estrecha. Los corsés creaban la impresión de tener más pecho, pero prefería pasar sin ello en el mundo de los negocios en el que se movía.

La puerta de su despacho se abrió y lady Lydiard entró con energía; aunque era de mediana edad, llevaba la cintura tan apretada que Claire se maravillaba de que la mujer pudiera respirar, por no decir comer o sentarse.

El señor Catchpole seguía a la señora con una sonrisa de suficiencia tan empalagosa que a Claire le dieron ganas de zarandearlo hasta que recuperara la sensatez.

—Señorita Brancaster Talbot, lady Lydiard. ¿Desean que les traiga té?

—Con un apellido es bastante, gracias, Catchpole —le dijo Claire.

El adoptar el apellido de la familia de su madre cuando había heredado el negocio había sido una cláusula en el testamento de su abuelo. Aunque firmaba con ambos nombres en la correspondencia de negocios, a nivel social los dos juntos le parecían demasiado engorrosos.

—Y deja el té —añadió sin consultarle a su madrastra—. Dudo que ésta sea una visita social.

Cualquiera que fuera el propósito de la visita de

lady Lydiard, Claire no tenía deseo alguno de prolongarla.

—Muy bien, señorita.

Catchpole agachó la cabeza y salió de espaldas del despacho. Su obsequiosa retirada no fue apreciada por lady Lydiard, que miró alrededor del espartano pero espacioso despacho de Claire, arrugando ligeramente la nariz, como si pudiera detectar el olor desagradable de los negocios.

—¿Así que aquí es donde te pasas todo el tiempo?

—No todo —Claire se volvió a mirar por la ventana de su despacho, a la algarabía de la barrio comercial de Londres—. Lo suficiente para que tus acciones no pierdan valor y para acrecentar el valor de la fortuna que tus nietos heredarán un día.

Sobresaltada, lady Lydiard emitió un gemido entrecortado, y Claire se arrepintió de su amenaza velada. Por el bien de su querida hermanastra, había resuelto mejorar las frías relaciones con su madrastra, al menos hasta después de la boda de Tessa.

Cuando se volvió a ofrecerle algún tipo de disculpa, se encontró a lady Lydiard con un pañuelo pegado a su tembloroso labio inferior. A Claire se le cayó el alma a los pies al tiempo que crecía su exasperación. No era justo que una mujer que nunca le había importado un comino provocara en ella emociones tan desagradables.

—¡Por eso mismo he venido a verte! —exclamó la señora al tiempo que se echaba a llorar, para desgracia e impaciencia de Claire.

Detestaba los arrebatos de lágrimas a los que era tan proclive lady Lydiard.

—¿Por qué no tomas... asiento?

Claire intentó imaginar qué podría haber dicho que fuera la razón de la visita de su madrastra... o incluso de su repentino ataque de llanto.

¿Problemas económicos? No podía ser. Fueran cuales fueran sus diferencias, Claire tenía que reconocer que lady Lydiard vivía cómodamente con su generosa pensión.

—¿Quieres que llame al señor Catchpole y le diga que nos traiga el té? —le preguntó Claire con cierto matiz de desesperación.

En su opinión, el ritual de tomar el té resultaba una distracción en situaciones incómodas. Aquella sin duda era una de ellas.

—Nada de té —lady Lydiard hizo un esfuerzo visible para calmarse mientras se sentaba en la silla que había delante del escritorio de Claire—. No deseo robarte mucho tiempo... de lo que sea que estás haciendo.

Claire se mordió la lengua para no responderle con ironía. El trabajo que realizaba para Obras Navales Brancaster era por lo menos tan importante como lo que la mayoría de las mujeres de su clase hicieran para ocupar su tiempo.

—¡Necesito tu ayuda! —explotó lady Lydiard como si se confesara de una culpa—. Se trata de Tessa. No está segura de si debe casarse o no con Spencer.

¿Y eso era todo? Claire esbozó una leve sonrisa de alivio mientras se acomodaba en su asiento a la mesa.

—Tessa no deja de dudar de si quiere o no casarse con el pobre Spencer. Seguramente la cosa irá a peor a medida que se vaya acercando el día de la boda, te lo

advierto. Pero de todos modos acabará haciéndolo. Él es el tipo de hombre equilibrado que ella necesita, que Dios le bendiga. Y al margen de todas sus preocupaciones, sospecho que Tessa también lo sabe.

Tampoco era nada desdeñoso que el novio fuera también un buen partido. La familia de Spencer Stanton era dueña de una gran compañía naviera que era uno de los mejores clientes de Brancaster. Además, Tessa ya no era una cría. Su modales rebeldes habían asustado a pretendientes menos tenaces hacía años.

—¡Esto es distinto! —insistió lady Lydiard—. Hay otro hombre con el que está totalmente obsesionada. Es... americano —pronunció la palabra como si fuera un sacrilegio—. Se llama Gillis... ¿O será Getty? Da igual. Me da la impresión de que es un cazafortunas.

La tensión que había empezado a abandonar a Claire comenzó a agarrotarle los miembros. Jamás olvidaría las palabras de su padre de aquella angustiosa noche, diez años atrás:

«Querida mía, eres demasiado rica, demasiado lista y demasiado feúcha como para casarte con ningún hombre, salvo por tu fortuna».

No había querido creerlo. ¿Qué chica de su edad podría haberlo hecho?

Los pretendientes que la habían perseguido durante años la habían convencido de que la dura afirmación de su padre era correcta.

De modo que se había guardado las pocas y modestas ilusiones románticas, junto con su deseo de formar una familia. Durante años le había dedicado a Brancaster todo el tiempo y la devota atención que podría haberle dado a un marido o a unos hijos. A

cambió, la empresa le había premiado su dedicación con prosperidad y mejoramiento.

Antes muerta que permitir que cayera en manos de los seres más ruines, que sin duda eran los cazafortunas. Y sobre todo uno que intentaba colarse por la puerta de servicio, utilizando a su hermanastra para hacerlo.

—Hablaré con Tessa —le dijo Claire con decisión, como si su intervención fuera a resolverlo todo.

Ésa no sería la primera vez que proporcionaría la voz de la razón para contrarrestar los caprichosos impulsos de su hermana. Tessa siempre se lo agradecía después. A veces parecía deseosa de que Claire la ayudara a poner de nuevo los pies en la tierra, aunque estuviera en medio de una nueva y ferviente emoción.

—Yo ya he hablado con ella —dijo lady Lydiard mientras retorcía su pañuelo—. No sirve de nada, Claire. No quiere hacer caso. Está enamorada de esa criatura, te lo aseguro. Gracias a Dios que Spencer está fuera de la ciudad en viaje de negocios. Ha sido tremendamente paciente con ella durante todos estos años, pero me temo que tal vez ésta sea la gota que colme el vaso.

Claire no estaba tan segura. Los caprichos de Tessa no duraban mucho. Cuanto más ardiente fuera la llama, antes ardería. Aun así, con tanto como había en juego con Brancaster, no podía permitirse ningún tipo de riesgo.

Claire se llevó los dedos al labio inferior un momento mientras reflexionaba sobre cuál sería la manera más efectiva de proceder.

—Me gustaría conocer yo misma a ese hombre —

dijo por fin—. Y, mientras tanto, haré algunas averiguaciones acerca de él y podremos proceder a partir de ahí.

Lady Lydiard dio un sollozo final, pero pareció animarse considerablemente.

—Gracias, Claire. Siempre has sido una persona tan sensata, tan razonable. Hablar contigo es casi como hacerlo con un hombre, la verdad.

—Gracias... —murmuró Claire.

—Lord y lady Fortescue dan una fiesta esta noche —dijo lady Lydiard—. Estoy segura de que él asistirá. El muy canalla ha conseguido que lo inviten a todos los eventos sociales a los que Tessa ha asistido en las últimas dos semanas. Y como Sylvia Fortescue es americana...

Claire asintió. Los matrimonios entre nobles endeudados con herederas americanas se habían convertido últimamente en una especie de epidemia.

—Creo que yo también he recibido una invitación de lady Fortescue. Y como no le he presentado mis excusas, supongo que tengo la libertad de asistir, si así lo deseo, con un acompañante conveniente.

—Tú nunca presentas tus excusas —lady Lydiard hizo una chasquido con la lengua como comentario de tal negligencia social por parte de su hijastra—. ¿Y qué «acompañante conveniente» planeas llevar contigo?

—Si quieres saberlo, voy a ir con un detective privado. Lo he utilizado anteriormente para procurarme información. Me ha demostrado ser extremadamente discreto y altamente fidedigno. Me gustaría investigar de cerca a este nuevo admirador de Tessa.

Claire abrió el primer cajón de su escritorio y guardó allí los documentos del Almirantazgo.

No podría dedicar más tiempo ese día al negocio si tenía que contactar con el señor Hutt y procurarse sus servicios para esa noche, y después vestirse y arreglarse adecuadamente para la fiesta de los Fortescue.

Además, el asunto era de gran importancia. Desenmascarar los objetivos de aquel cazafortunas podría ser tan vital para la prosperidad de Brancaster como cualquier contrato naval. Y, aparte de eso, Claire sentía la necesidad de proteger a Tessa de sus propias tonterías.

El baile ya había comenzado cuando Claire y su acompañante llegaron esa noche a casa de los Fortescue en Grosvenor Square.

—Señorita Talbot, qué agradable sorpresa —lady Fortescue no parecía complacida—. Lady Lydiard me envió una nota diciéndome que tal vez pudiera asistir después de todo a la fiesta.

—Qué amable por su parte —Claire respondió a la sonrisa falsa de su anfitriona con otra parecida—. ¿Me permite que le presente a mi acompañante? El señor Obadiah Hutt, un socio mío.

Lady Fortescue saludó con elegancia y frialdad al señor Hutt, que sorprendentemente estaba muy elegante con la ropa de gala. Claire se preguntaba si su anfitriona habría sido tan hospitalaria de haber sabido la verdadera naturaleza de su asociación.

En cuanto se apartaron un poco de lady Fortescue, Hutt se inclinó hacia Claire y le murmuró:

—Si le parece, señorita, iré a darme una vuelta a ver lo que oigo por ahí.

—Por supuesto —Claire miró rápidamente a su

alrededor, pero no vio ni rastro de Tessa o de lady Lydiard—. Siempre me gusta que las personas se ocupen del trabajo por el cual se les paga.

Su agente echó una mirada con ojo profesional hacia los demás invitados.

—Si este tipo se ha presentado a menudo en sociedad en las últimas dos semanas, alguien debe saber algo de él.

Cuanta más información pudiera recopilar el señor Hutt, mejor, incluso aunque no fuera acusatoria, pensaba Claire mientras el hombre se alejaba para realizar su trabajo. Sin duda a Tessa le atraería un misterio como aquel.

—¡Caramba, señorita Talbot! —exclamó una voz aterciopelada muy familiar a sus espaldas—. ¿Es de verdad usted, o es que he bebido demasiado?

Al darse la vuelta, Claire se encontró con el mayor Maxwell Hamilton-Smythe observándola. Como siempre, estaba impecable con su uniforme a medida; y, como siempre, tenía una copa en la mano y un brillo pícaro en la mirada.

A pesar de sí misma, Claire le devolvió la sonrisa.

—Nadie que te conozca despreciaría lo último, mi querido Max.

Ese hombre era una víbora. Claire había decidido eso mismo hacía mucho tiempo, cuando el mayor la había perseguido sin tregua. Pero era la víbora más apuesta que había visto en su vida. Había habido un tiempo, cuando ella era más joven y no se había hecho aún a la idea de llevar una vida de soltería, en el que Max Hamilton-Smythe la había llevado a cuestionarse si comprar un marido sería algo tan malo, siempre

teniendo en cuenta que una sabía lo que hacía y que conseguía lo que quería a cambio.

—En realidad —añadió fingiendo seriedad—, soy una doble de la señorita Talbot que ella misma ha contratado para soportar por ella las aburridas reuniones sociales que ella no podría evitar de otro modo.

Nada más pronunciar la irónica guasa, Claire se quedó de pronto planchada. ¿Y si Max fuera el cazafortunas de Tessa? Con gran alivio recordó que el pretendiente de su hermana era, según le había dicho lady Lydiard, americano. Además, Max se había casado recientemente con alguna pobre criatura cuya fortuna excedía tanto a su belleza como a su sensatez.

Max se tomó de un trago lo que le quedaba en la copa y se la dio a un camarero que pasaba en ese momento por allí.

—¿Bueno, seas quien seas, me harás el honor de concederme este baile? —le ofreció a Claire su brazo—. ¿Por los viejos tiempos?

—No estoy segura de si lo merecen —le tomó el brazo de todos modos y dejó que la llevara hasta la pista—. ¿Además, no deberías estar acompañando a tu esposa esta noche?

—No está aquí —Max se encogió de hombros con toda alegría, como si su ausencia no lo fastidiara en absoluto—. Está indispuesta, la pobrecilla.

Mientras daba vueltas por la sala entre los brazos de Max, Claire intentó decidir si se compadecía del abandono del que era víctima la señora Hamilton-Smythe o si acaso envidaba su estado de buena esperanza.

Después de dos valses y de lanzarse algunos comentarios socarrones bien intencionados, Claire

dejó al mayor, más convencida que nunca de que había hecho bien en mantenerse alejada de sus atractivas garras.

—Ha sido un placer verte de nuevo, Max, pero no debo apartarte de tu misión de acabar con la bodega de lord y lady Fortescue. Dile de mi parte a tu esposa que espero que se recupere pronto.

—En cuanto a mi esposa... —Max llevó a Claire a un rincón cerca de donde estaban los músicos y bajó la voz— El que yo esté casado no quiere decir que tú y yo no podamos...

—Para mí desde luego que sí, Max, gusano.

Él la miró como si esa palabra fuera una especie de apelativo cariñoso, y añadió con mayor convencimiento:

—Barbara y yo tenemos un trato.

—Ah —Claire se aguantó las ganas de abofetearlo—. Entonces tal vez tú y yo debamos hacer uno también.

Los ojos verde esmeralda de Max se iluminaron de deseo... o tal vez fuera de avaricia. Claire no sabría diferenciarlos.

—Entiendo que eres el mismo bellaco de siempre —por su tono de voz, cualquiera que la hubiera podido oír habría pensado que le estaba elogiando de algún modo—. Y debes entender que no tendría nada que ver contigo ni aunque fueras el único hombre de la tierra. ¿Nos entendemos ahora?

Si su intención hubiera sido hacerle perder los estribos, Claire habría sufrido una enorme decepción.

El mayor chasqueó la lengua mientras la miraba con total suficiencia.

—Te prometo que no sabes lo que te pierdes. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

¡Debajo de una roca!

Claire le dio la espalda a Max con la intención de alejarse de él lo antes posible. Pero en lugar de eso se quedó plantada en el sitio al ver a Tessa pasar bailando el vals en los brazos de un hombre.

El acompañante de Tessa no era tan alto como el mayor, y la mayoría de las mujeres habrían pensado que no era ni la mitad de guapo. Pero Claire no podía quitarle los ojos de encima, pues bailaba igual que caminaba, con una gracia atlética que provocaba las miradas de interés de las personas junto a las que pasaba.

Su cabello, de un intenso color castaño, cubría su cabeza con rizos cortos y pequeños. Tenía la nariz aguileña y una boca grande que sugería tanto buen humor como determinación. Unos ojos grises e inquietos se dibujaban bajo unas cejas oscuras y espesas. Por un momento, esos ojos se fijaron en Tessa con una intensidad que dejó a Claire sin aliento.

—¿Señorita Talbot?

—¡Vete, Max! —le soltó—. No te quiero de amante más de lo que te quería de marido.

—Disculpe, señorita Talbot. Soy yo... Hutt.

Claire se sonrojó violentamente mientras se volvía hacia el investigador. Por un momento se olvidó de Tessa y de su acompañante.

—Lo siento, señor Hutt. Pensé que era... otra persona.

—No se preocupe, señorita —le dijo el hombre con expresión sincera.

De nuevo Claire se congratuló para sus adentros por haber contratado sus servicios.

—Mis pesquisas han conseguido algo de información sobre ese caballero, señorita Talbot.

Aunque había conseguido ocultar la risa que pudiera haberle provocado el fallo de Claire, el señor Hutt no pudo disimular la satisfacción producida por la rapidez de su trabajo.

—Pensé que querría saberlo enseguida.

¡Se refería al cazafortunas de Tessa! Claire se volvió y lo buscó con la mirada. A sus espaldas, Obadiah Hutt comenzó a soltarle toda la información en tono emocionado.

—He descubierto el nombre de ese caballero, señorita. Y también que no es americano, como había supuesto lady Lydiard.

No era americano, no. Desde el otro extremo de la sala les llegó su voz, suave y musical, con el característico acento de los las tierras altas escocesas. Claire intentó hacerse fuerte para resistirse a su encanto, pero falló estrepitosamente.

Cuando el señor Hutt comenzó a hablar de nuevo, ella alzó una mano para silenciarlo.

—¿Pero, señorita, es que no le interesa saber el nombre del caballero?

Desde el otro lado de la sala, Ewan Geddes levantó la vista y la sorprendió mirándolo. Por un instante la sorpresa arrugó su ceño de cejas oscuras. Entonces se relajó. En sus labios sensuales se esbozó una sonrisa amplia y pícara, y le guiñó un ojo.

—Ya sé su nombre, señor Hutt —Claire apretó el puño de la mano que había levantado, además del de la otra—. Y todavía más, sé que no es ningún caballero.

Dos

Menos mal que estaba en una fiesta donde tocaba una orquesta, pensaba Ewan Geddes. Así tenía una excusa para bailar por la sala sin parecer un tonto.

Llevaba diez años luchando para estar donde estaba en ese momento: con la señorita Tessa Talbot entre sus brazos, sin que ningún hombre pudiera arrebatársela. Sin duda el destino los había unido, por muy extraña pareja que hubieran podido parecer en el pasado. Teniendo en cuenta lo lejos que había llegado en la vida, Ewan sabía que no había nada imposible para un hombre que tenía fe en sí mismo y la valentía para actuar con decisión cuando se presentaba la oportunidad.

La música dejó de sonar, pero él continuó dando vueltas con Tessa por el salón, evitando por poco el chocarse con otras parejas que se habían detenido esperando a que la orquesta empezara a tocar de nuevo.

—¡Ewan! —gritó Tessa—. ¿Qué estás haciendo? ¡No podemos bailar sin música!

—Ah, pero la música la llevo en el corazón, mi dama —al tiempo que bajaba la vista a sus enormes

ojos azul turquesa, los años desaparecieron y volvía a tener dieciocho años, a ser un ardiente muchacho enamorado por primera y única vez—. ¿Es que no oyes su son? Desde que volví a poner los ojos en ti de nuevo no ha dejado de sonar una salvaje y dulce melodía.

Tessa bajó la vista con recato, mordiéndose el carnoso labio inferior. Ese gesto despertaba en Ewan el fuerte deseo de besarla, pero no lo haría hasta que ella le prometiera que sería su esposa. Y no podía hacerle esa promesa hasta que no rompiera su compromiso presente.

Ella lo miró repentinamente, con una mirada cargada de la misma dicha que sentía él.

—Desde que volví a verte me paso día y noche tarareando una alegre tonada.

—¿Tarareas también mientras duermes? —se burló Ewan mientras la estrechaba con más fuerza entre sus brazos y aminoraba el paso de su vals sin música hasta que fue poco menos que una excusa para abrazarse en público.

—¡Pues claro que no, bobo! —su risa provocó que los bucles dorados que coronaban su frente temblaran—. Pero la melodía recorre mis sueños.

—Sé a lo que te refieres —Ewan le acarició el rostro con la mirada—. El mero sonido de tu voz y tu risa me han acompañado todos estos años.

Y cómo la había sentido en sus brazos aquella última noche. Afortunadamente para Ewan, la música comenzó a sonar de nuevo; un sonoro vals de Strauss que expresaba a la perfección los sentimientos optimistas y emocionantes que lo embargaban. De otro modo tal vez habría roto la promesa que se había

hecho a sí mismo y habría causado un rumoreado escándalo entre la sociedad londinense, al besar a la prometida de otro hombre en mitad del salón de baile de los Fortescue.

Tessa suspiró sin aliento.

—Es tan romántico que hayas pensado en mí durante todos estos años que has estado en América, trabajando tanto para conseguir algo por ti mismo.

No le había parecido demasiado romántico cuando había llegado a Pensilvania por primera vez, un muchacho de dieciocho años, recién salido de las tierras altas escocesas, sin un penique en el bolsillo. Pero en sus entrañas había ardido el fuego de la pasión, atizado por la injusticia y por un verdadero amor que le había sido negado.

—Todo ha sido por ti, Tessa Talbot. Para hacerme merecedor de tu compañía y tu atención.

Bueno, casi todo, le insistía Ewan a su insistente conciencia. Cierto era que en esos primeros años se había sentido al menos deseoso de vengarse del padre de Tessa, que lo había puesto en la puerta de la calle sin miramientos. Con el tiempo, sin embargo, había llegado a disfrutar del reto que había supuesto hacer fortuna por sus propios medios. Una vez que había contado con los recursos para llevar a cabo su plan original, asumió que Tessa debía de haberse casado hacía tiempo con otra persona.

Entonces una copia del *Times* de Londres había caído en sus manos; y así era como se había enterado de que la honorable señorita Tessa Talbot, hija de lady Lydiard y el difunto lord Lydiard, estaba prometida en matrimonio.

¡Sólo prometida!

Todos los sentimientos que había experimentado hacia ella en el pasado habían florecido de nuevo, y Ewan había reservado un pasaje en el vapor más rápido que lo llevara al otro lado del Atlántico.

—¿Merecedor? ¡Qué tontería! —Tessa le dio una palmada en el hombro—. Sabes que siempre he sentido más respeto hacia las personas de verdad que trabajan para ganarse el pan que hacia los inútiles aristócratas.

Su ferviente declaración debería haberlo complacido infinitamente, pero por alguna razón que Ewan no atinaba a explicarse, le hizo sentirse extrañamente inquieto. Se dijo a sí mismo que no debía ser tan ridículo. Tenía todo lo que siempre había deseado al alcance de la mano. Nada ni nadie lo detendría ya. Y menos aún una vaga aprensión que ni siquiera podía expresar con palabras.

Era la misma sensación que solía experimentar cuando solía acechar alguna pieza de caza en los montes que rodeaban Strathandrew. Esa sensación que había sentido cuando, al darse la vuelta despacio, había descubierto un par de ojillos salvajes y recelosos fijos en él. Por mucho que lo intentara Ewan no era capaz de librarse de ello.

Cuando las notas finales del vals se iban apagando, le hizo una reverencia a Tessa.

—¿Vamos a buscar algo de beber, y luego un sito tranquilo donde poder sentarnos y charlar?

Mientras esperaba su respuesta, paseó la mirada por el salón de baile de los Fortescue. ¡Allí estaba! Cerca de la tarima de la orquesta, una mujer alta y elegante lo observaba.

El color de su cabello, la gracia esbelta de su figura

y de sus largas y delicadas facciones le hicieron pensar en la hembra de un gamo. Pero la impía intensidad de su mirada era más bien la de un gato salvaje defendiendo a su camada del enemigo.

¿Acaso la conocía? Ewan pensó que tal vez fuera así. ¿Pero de dónde?

Entonces la recordó. Era la hermana mayor de Tessa. ¿Cuál era su nombre de pila? ¿Catherine? ¿Charlotte?

Se llamara como se llamara, no le extrañaba que lo mirara de aquel modo. La señorita Talbot siempre le había encontrado defectos durante los veranos en los que lord Lydiard había llevado a su familia al norte, a su coto de caza escocés.

Sobre todo había estado en contra de su clara inclinación hacia su hermanastra. Ewan se preguntaba si había sido ella la que se habría chivado al viejo lord Lydiard sobre su reunión a medianoche con Tessa, diez años atrás, la última noche que los Talbot habían pasado en la finca.

¡Recibiría su merecido cuando él se casara con Tessa!

Tiempo atrás había descubierto que nada irritaba más a la señorita Talbot que cuando él fingía ignorar sus desprecios. En ese momento le lanzó una amigable sonrisa para decirle que la había reconocido, con la leve sugerencia de burla en el brillo de su mirada. Sabía que eso la indignaría. Después de todos esos años, seguía deleitándose sólo de pensar en torearla.

La señorita Talbot cruzó el salón de baile con paso firme y brioso. Un hombre la seguía.

—¡Claire! —gritó Tessa cuando vio a su hermana—. ¿Qué estás haciendo aquí? Tú nunca sales de noche.

Las dos mujeres se agarraron las manos y se besaron afectuosamente.

Ewan se había preguntado a veces cómo era posible tal compenetración entre las dos mujeres. Después de todo, sólo eran medio hermanas, y totalmente opuestas en su carácter. Cada una tenía causas de sobra para envidiar a la otra. De su hermana mayor, Tessa podría envidiar la fortuna y las consecuencias en la familia. Claire, la belleza y el encanto de su hermana menor.

Claire Talbot le retiró a Tessa un rizo de la frente con gesto casi maternal.

—Me ha parecido que ya va siendo hora de hacer más vida social. Y de paso vigilar lo que has estado tramando mientras el pobre Spencer está fuera. Después de todo, no querríamos que unos ridículos cotilleos echaran a perder vuestros planes de boda, ¿no te parece?

Aunque hablaba a Tessa, Ewan se dio cuenta de que la advertencia de la señorita Talbot iba dirigida a él. ¿Acaso lo creía tan estúpido como para pensar que no sabía del compromiso matrimonial de su hermana?

La suave reprimenda de Claire pareció sofocar a Tessa, algo que Ewan añadió a su larga lista de antipatías hacia esa mujer.

—Hablaremos de eso en otro momento, Claire —Tessa miró a Ewan y enseguida volvió a brillarle la mirada—. ¡A que no sabes quién ha regresado a Londres después de todos estos años!

—Mi poder de deducción es mejor de lo que hayas podido imaginar, querida mía —Claire se volvió hacia Ewan y le tendió la mano—. Señor Geddes, ¿no es así?

Ignorando su intención de darle un apretón de manos, Ewan atrapó sus dedos largos y se los llevó a los labios mientras decía:

—Me halaga que se acuerde de mí, señorita Talbot.

Como él había esperado, el gesto y la pretendida calidez de su saludo la fastidiaron, y Claire retiró la mano con una mera pretensión de civismo.

—No se ilusione tanto, señor; yo recuerdo siempre a muchas personas. No siempre por las razones más agradables.

Tessa debió de sentir la tensión entre ellos porque cuando se dirigió a su hermana su tono de voz era un tanto demasiado alegre.

—¿Quién es tu acompañante de esta noche? No creo que nos hayan presentado.

Por un momento Claire Talbot se quedó mirando a su hermana sin comprender; entonces se volvió hacia el hombre que tenía detrás.

—Oh, perdonad mis modales. Éste es el señor Obadiah Hutt, un socio mío en los negocios. Señor Hutt, permítame presentarle a mi hermanastra, Tessa, y al señor Geddes... un antiguo amigo de la familia.

Ewan se molestó. ¿Acaso pensaba que él se avergonzaba de su procedencia? ¿Acaso su presentación era una amenaza velada para exponer su pasado?

¿Además, quién era aquel Hutt? Carecía de la lánguida cadencia de un caballero, y le dio la mano a Ewan con firmeza, mirándolo a los ojos con expresión directa... Tal vez demasiado directa.

—Lo que quiere decir la señorita Talbot, señor —Ewan intentó despreciarla con la mirada, pero ella ni se inmutó— es que yo solía ser un guía de caza y pesca en la finca de su padre en Escocia.

Cuando el otro lo miró con perplejidad, Ewan le explicó.

—Un guía de caza y pesca es una persona que acompaña a cazar y pescar. Carga con el material, los rifles, prepara las presas; ese tipo de cosas.

Tessa lo agarró del brazo con un gesto de apoyo que conmovió a Ewan.

—¡Y era estupendo en su trabajo! Caramba, aún lo recuerdo por los montes con su falda escocesa y el rifle al hombro. Como un héroe de una novela de sir Walter Scott. Eso era lo que siempre pensaba de él.

El socio de la señorita Talbot asintió con la cabeza.

—¿Y qué le trae desde Escocia, señor Geddes? —le preguntó el señor Hutt.

—No he venido de Escocia, señor —por mucho que intentara hablar con naturalidad, Ewan sabía que no era capaz—. Salí de mi casa hace diez años, y desde entonces no he vuelto.

Gracias a lord Lydiard. Tal vez con un poco de ayuda de la mujer que Ewan tenía delante y que lo miraba con hostilidad apenas enmascarada.

La tentación de vengarse aún ardía en su pecho... Tal vez haría unas cuantas averiguaciones discretas sobre los Brancaster, después de todo.

«Salí de mi casa hace diez años».

Las palabras de Ewan Geddes y el brillo de rabia bajo esa fachada suya de encanto informal, hizo que a Claire ser le encogiera el estómago y se le acelerara la respiración, como si una mano fuerte le hubiera tirado de las cuerdas del corsé para apretárselo todavía más.

Había ido esa noche esperando poder enfrentarse a un simple caza fortunas, como el mayor Hamilton-

Smythe. En lugar de eso se había encontrado con un antiguo adversario que tal vez escondiera motivos mucho más oscuros y tuviera mucha más capacidad de hacer daño. Alguien que tal vez quisiera hacerle daño a las dos cosas que más le importaban en el mundo: su hermana y Brancaster.

Al tiempo que la orquesta se arrancaba con un nuevo vals, Claire se volvió hacia Obadiah Hutt y disimuladamente le susurró:

—Sáquela a bailar.

Cuando le pareció que no la había oído, o tal vez que no la había entendido, le susurró con más fuerza:

—¡A mi hermana! Sáquela a bailar.

—¿Señorita Tessa? —el señor Hutt se adelantó y extendió los brazos hacia ella—. ¿Me concede el honor?

Cuando Tessa le echó una mirada de duda a Ewan Geddes, Claire enseguida le urgió:

—Adelante, querida. Sin duda habrá menos rumores si la gente te ve bailando con distintos hombres mientras Spencer está fuera de Londres.

—De acuerdo.

Tessa le echó una mirada a su hermana Claire cuando salía a bailar; una mirada medio advirtiéndole, medio rogándole que no montara un espectáculo.

Claire y Ewan se quedaron un momento en silencio, observando a Tessa y al señor Hutt mezclarse con los demás bailarines.

—¿Y bien? —le dijo ella en tono desafiante cuando le quedó claro que él pensaba ignorar la oportunidad—. ¿No me va a sacar a bailar?

Ahogó una ridícula pizca de deseo de sentirse de nuevo entre sus brazos. ¿Pero acaso aquellos diez años

y una secuencia de hombres como Max Hamilton no le habían enseñado nada?

El escocés alzó sus cejas oscuras y sacó el labio inferior con gesto dubitativo.

—¿No le parecería demasiado atrevido...? ¿Un antiguo sirviente con la hija del terrateniente?

Claire le lanzó una mirada de hielo, pero no alteró su tono de voz cortés.

—Esa no sería una primicia para usted, ¿no es cierto?

Su conciencia le decía que eso no era cierto. Diez años atrás, había deseado que Ewan Geddes se tomara con ella todas las libertades que éste hubiera deseado. Lo malo era que sólo se las había querido tomar con su bella y vivaz hermana pequeña.

Por un momento sus ojos grises se oscurecieron, como las nubes de tormenta sobre Ben Blane. Entonces, con la misma rapidez, su mirada se aclaró, como la neblina matinal que enseguida se disipaba sobre el Loch Liath. Ambas expresiones atizaban algo dentro de Claire que no deseaba sentir. Que el cielo no permitiera que aquel hombre volviera a tener ni un ápice del poder que en otro tiempo había tenido sobre su corazón, o, peor aún, que aún tenía.

Él hizo una reverencia, tan exagerada que parecía de guasa.

—¿En ese caso, señorita Talbot, como se decía en mi familia, es mejor que a uno lo cuelguen por una oveja que por un cordero. ¿Me concede el honor de bailar conmigo?

Nadie había estimulado sus moderadas emociones como lo hacía él, y Claire luchó por controlarlas.

—¿Acaso su familia robó muchas ovejas? —pre-

guntó con civismo, mientras le tomaba el brazo y dejaba que él la condujera a la pista.

—Solamente las necesarias para no morir de hambre después de que la echaran de sus tierras —respondió él en un tono alegre, bastante contrario a el contenido de sus palabras.

Pero cuando le tomó la mano a Claire y le colocó la otra a la cintura, ella sintió la tensión de sus músculos.

Tal vez provocara en él una reacción más intensa de lo que le había permitido ver. Esa posibilidad le infundió una ración de confianza en sí misma.

Entonces recordó la razón por la que lo había provocado para que la sacara a bailar e ignoró el anzuelo del comentario sobre la pobre familia de montañeses.

—Ahora su aspecto es el de un hombre próspero. ¿Le ha ido bien en América?

Aunque no podía creer que tan bien como para que la fortuna de los Brancaster no lo tentara de todos modos.

—Bastante bien —su respuesta confirmó las sospechas de Claire—. No hay límite, en el nuevo mundo, para saber hasta dónde el trabajo y la inteligencia de un hombre pueden llevarlo.

Y si eso no era suficiente, pensaba Claire, uno podía cruzar el Atlántico y ver hasta dónde su encanto superficial y su falta de escrúpulos podían llevarlo.

—Creo que un hombre con verdadera determinación tendrá éxito en cualquier sitio, señor Geddes. Mi abuelo, por ejemplo. Él levantó la compañía Brancaster de la nada, y no tuvo que irse hasta América para hacerlo.

Ewan advirtió sus palabras asintiendo con la cabeza.

—Sin duda un gran logro. Después pudo casar a su hija con un terrateniente.

Eso le dolió. ¿Acaso la dolorosa advertencia de su padre con respecto a los cazafortunas había sido la voz de la experiencia? Claire disimuló para que Ewan no notara nada.

—Si cree que con eso tiene carta blanca para perseguir a mi hermana, señor Geddes, siento discrepar. Robar unas cuantas ovejas es una cosa. Robarle la prometida a otro hombre es otra muy distinta. ¿Exactamente cuáles son sus intenciones con respecto a Tessa?

—Tan sólo las más honorables, se lo puedo asegurar —le apretó la mano que le tenía agarrada, lo mismo que la cintura—. Estoy de acuerdo, señorita Talbot, en que hay una gran diferencia entre robar ovejas y cortejar a una dama. A las ovejas les da lo mismo quién las esquile. Sin embargo una dama puede tener preferencias en cuanto a con quién quiera casarse. Si su afecto hacia un hombre varía antes de llegar al altar, yo no lo llamaría robar.

¡Santo cielo! Aquel baile se había convertido más en un combate de esgrima acompañado de música. Puesto que, en el fondo, su parte más traicionera estaba disfrutando de su apenas simulado tira y afloja. No se había sentido tan viva en muchos años.

—Tal vez mi hermana tenga una preferencia mayor, o incluso apasionada, por un hombre esta semana, señor, y estar igual de enamorada de otro a la siguiente. ¿Acaso no se le ha pasado por la cabeza por qué una dama de su ingenio y belleza sigue soltera a los veintiséis años?

La mirada de Ewan se fijó en Tessa, que en ese

momento pasaba junto a ellos dando vueltas entre los brazos de Obadiah Hutt.

—Algo veleta en sus gustos, ¿no? —dijo él.

A Claire no le pareció que con el disgusto con que debería haberlo dicho.

—¿Y qué hay de usted, señorita Talbot? —continuó él—. ¿Por qué continúa soltera una atractiva dama como usted a la edad de...?

—Veintiocho —dijo Claire con orgullo perverso—. Como usted bien sabe, señor Geddes, ya que mi hermana tenía dieciséis y yo dieciocho el último verano que usted pasó en Strathandrew—. Claire dejó que su respuesta calara un momento antes de continuar—. No sigo soltera por falta de oportunidades, señor Geddes. De eso puede estar seguro. Ninguna mujer con la fortuna que yo poseo se puede permitir el lujo de vivir sin ser perseguida, por mucho que pueda carecer de inteligencia, belleza o temperamento.

Por primera vez desde que se habían vuelto a ver, Claire sintió que los modales de Ewan cambiaban. El antagonismo disfrazado de afable parloteo desapareció. Algo de lo que había dicho debía de haberle tocado la fibra sensible.

¿Pero el qué? ¿Y por qué?

Por primera vez desde que había conocido a Claire Talbot, hacía más de veinte años, Ewan sintió cierta simpatía hacia la mujer.

En los pasados dos o tres años había sido el blanco de varios cazafortunas. Esa era una experiencia que no

le desearía ni a su peor enemigo, menos todavía a la hermana de la mujer que amaba.

A su alrededor, la música alcanzaba su rimbombante apogeo final. Las parejas se detuvieron y aplaudieron con suavidad. Algunas se apartaron de la pista de baile para descansar o para buscar algo de beber, mientras otras se quedaban esperando a que empezara la pieza siguiente.

Aunque su intención había sido librarse de la compañía de la señorita Talbot en cuanto tuviera oportunidad, sin saber por qué le sugirió:

—¿Le parece que vayamos a por otro?

Ella parecía tan sorprendida por la invitación como lo estaba él mismo.

—Bueno, sí... Supongo... Gracias.

Por encima del hombro de él vio a Tessa que los miraba con fastidio y sorpresa al mismo tiempo. Él le guiñó un ojo para contentarla, esperando que entendiera que estaba intentado animar un poco a su hermana.

Confiaba en que Tessa rompería su compromiso matrimonial para casarse con él. Pero de lo que Ewan no estaba tan seguro era de si aguantaría hasta el final en contra de la desaprobación tanto de su madre como de su hermana. La intuición le advertía que jamás conseguiría el cariño de lady Lydiard. Pero tal vez Claire Talbot aprendiera a apreciarlo, si se dejaba llevar un poco.

A lo mejor era necesario tomar un camino distinto con aquella dama; recordar que él ya no era un guía para caza y pesca de diecinueve años con un complejo más alto que un pino escocés, y dejar que sus burlas lo afectaran. Tal vez debiera dedicarle a ella un poco de

ese encanto con el que se había ganado el corazón de su hermana.

—Tan sólo un tonto perdido podría decir que no posee inteligencia, señorita Talbot —algo apartado de ella, fingió que la miraba de arriba abajo—. Y no puedo encontrar ninguna deficiencia en su aspecto físico.

Y eso era cierto.

Tal vez no poseyera la belleza arrebatadora de Tessa, pero Claire Talbot era de todos modos una mujer muy bonita. La suavidad de la que carecían sus facciones características y regulares era compensada por su carácter. Sus ojos no eran del color azul verdoso de los mares del sur, sino del vigorizante azul grisáceo de un lago de las tierra altas. De no haber sabido su edad, habría pensado que era varios años más joven.

Su modesto elogio pareció sofocarla mucho más que ninguna de sus sutiles pullas.

—No se compadezca de mí, señor. He vivido el tiempo suficiente con mi hermana como para reconocer la belleza femenina. Y como para saber que no la encuentro cuando me miro al espejo.

La música empezó a sonar de nuevo, esa vez una melodía más suave que animó a Ewan a pensar en una brisa de primavera susurrando entre los árboles que rodeaban el Loch Liath. Estrechó a la señorita Talbot entre sus brazos un poco.

—¿Pena? —la miró como si no hubiera oído nada tan escandaloso—. De eso aquí no va a encontrar nada, ya que nunca sintió ni pizca de lástima por mí en el pasado.

Y eso, Ewan se daba cuenta, era algo que siempre le había gustado de ella. Oh, cuánto lo había provoca-

do, incluso a veces le había dicho cosas insultantes. Sin embargo ella le había hecho sentir eso porque en cuanto a carácter lo consideraba un igual, un oponente en toda regla, no un pobre diablo con quien mostrarse paternalista.

—Supongo que hay más de un tipo de belleza, ¿no es cierto? —le preguntó él.

—¿Qué otro tipo de belleza puede haber? —le dijo en tono dubitativo.

—Bueno... —Ewan intentó dar con un ejemplo que demostrara lo que quería decir—. Muchas personas creen que Surrey es un lugar bonito.

—Yo soy una de ellas.

—¿Entonces eso quiere decir que las tierras altas no son bellas? —él le daba vueltas tan deprisa que Claire se sintió algo mareada—. ¿Sólo porque no son como Surrey?

—¡Pues claro que no!

La sinceridad de su escandalosa respuesta lo conmovió.

—Ahí lo tiene. Entonces tal vez la señorita Tessa tenga una belleza como Surrey y usted una como la de las tierras altas.

—¿Dura, abrupta y fría? —le dijo, mirándolo con un brillo de triunfo en los ojos tras haberlo arrinconado de aquel modo que él no había esperado.

—Si no supiera que no es así, señorita Talbot, juraría que está buscando que le eche flores.

—Una vez fue guía de caza y pesca. ¿Así que, dígame, estoy utilizando el cebo adecuado?

De no haber estado seguro de lo contrario, Ewan tal vez hubiera podido suponer que estaba coquetean-

do con él. ¿Claire Talbot coqueteando? No, eso era demasiado ridículo.

—No hace falta decir cosas de usted que no son verdad para que los demás la elogien. Supongo que conoce su propia valía lo suficientemente bien, y creo que sabe a lo que me refiero cuando me he referido a la belleza de las tierras altas.

—Tal vez sea así, señor Geddes —dijo en tono suave, y por un momento a su rostro asomó una expresión pensativa; pero al instante subió de nuevo la guardia—. Es usted un adulador mucho más habilidoso que cualquiera de los que conozco. No cometa el error de resultar empalagoso.

Ewan se echó a reír.

—Creo que me ha dado una respuesta indirecta a mi pregunta, señorita Talbot.

—¿Dígame, y qué pregunta ha sido esa?

—Esa tan impertinente de por qué aún no ha encontrado marido.

—Ah —ella asintió—. ¿Con la igualmente impertinente referencia a mi edad?

—Culpable —Ewan esbozó una sonrisa pesarosa—. ¿Podría ofrecerle mis más humildes disculpas y lanzarme a merced del tribunal?

—Cualquier cosa sería posible, aunque dudo mucho que tenga ni un ápice de humildad en su persona —su expresión se suavizó—. Muy bien, acepto su disculpa. No me avergüenza mi edad, ni tampoco seguir soltera.

—No hay razón para que lo esté. Yo diría que no está casada porque aún no ha encontrado al hombre que le haya hecho sudar tinta.